

---

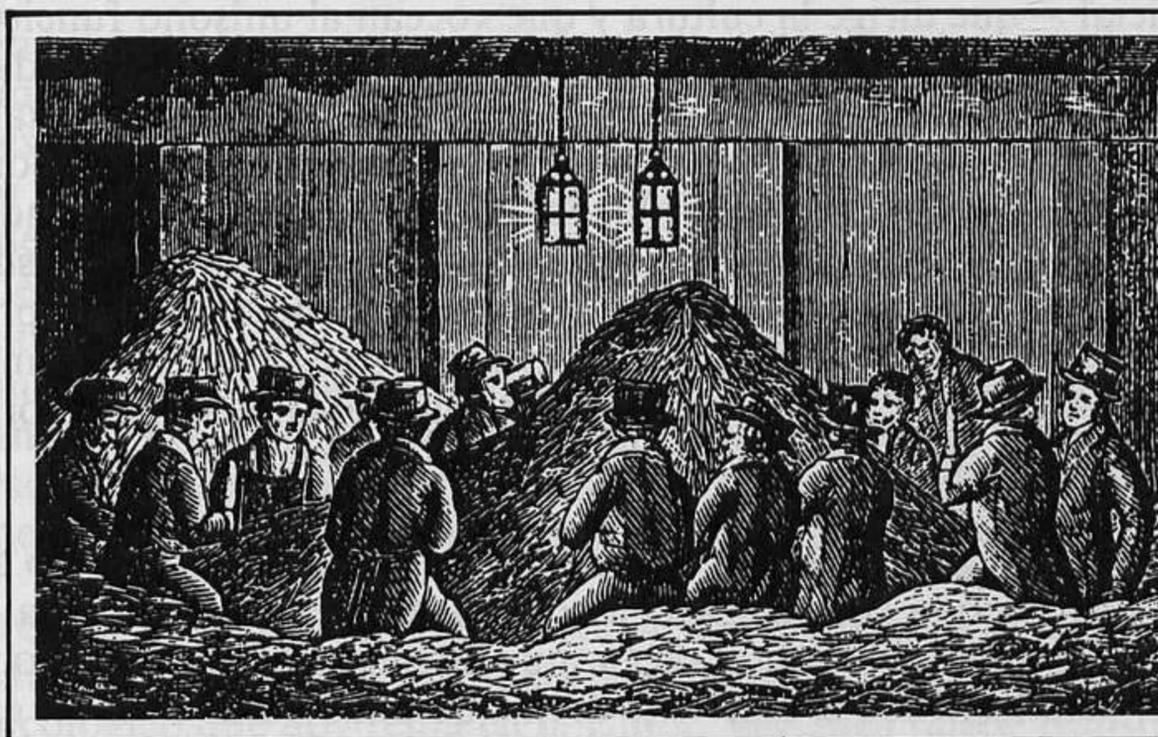
# LA CULTURA REGIMENTADA

Andrei D. Siniavski

---

*análisis y debate*

---



3

La cultura no se crea en un año y menos en las condiciones de un prolongado estancamiento intelectual. Con la entronización de Andropov no se ha producido ningún cambio perceptible. Ya antes, desde el momento de su llegada al poder, difícilmente se podía esperar que en la historia de la cultura soviética se fuera a iniciar una época nueva y luminosa. Pero existía la esperanza de una pequeña y breve liberalización. Y no porque Andropov fuera mejor o más culto que otros dirigentes *standard* de la Unión Soviética —si bien, quizá, él personalmente, sea más inteligente y más culto que otros—, sino porque Andropov había dirigido largo tiempo la policía secreta más poderosa del mundo y al pasar a ocupar el nuevo cargo conviene deshacerse de semejante reputación. Es decir, conviene aparecer con un rostro menos policiaco y más humano.

Pero esto no ha sido así. En la cultura soviética, como en los viejos tiempos, siguen ocupando un primer plano los *slogans* propagandísticos del tipo de «espíritu de partido», «fidelidad al pueblo», «realismo socialista», etc. Estas frases hechas se han

formado definitivamente y se han petrificado ya en los tiempos de Stalin, cuando, en palabras de Pasternak, lo más horrible era «el poderío mágico de la palabra formal», «de la frase formal». En nuestros días estas palabras han perdido «su poder mágico», pero la fraseología vieja y muerta sigue reinando sobre el país y sobre la cultura. El ritual funerario se sigue cumpliendo con todo rigor: año tras año la cultura jura fidelidad al partido y al gobierno, expresa su profundo agradecimiento por los cuidados que éstos le dispensan, por unos desvelos que en lo fundamental consisten en privar a la cultura de la libertad de creación.

Y el partido, por boca de Andropov o de cualquiera de sus sustitutos, recuerda comprensivo que en adelante también seguirá dando muestras de tan delicados desvelos. Cito el discurso de Romanov, que reemplazó al enfermo Andropov en la reciente sesión solemne en la que se conmemoró el LXVI aniversario de la Revolución de Octubre: «Siguiendo la tradición de Lenin, el partido seguirá esforzándose porque la literatura y el arte sirvan *fielmente* (el subrayado es mío) a los intereses del pueblo».

Como por «intereses del pueblo» se sobreentiende —y todos lo saben— los intereses del partido y del gobierno, y «servir fielmente» significa acatar las órdenes del partido, todo ello quiere decir que el cerco está cerrado, que la cultura está en la ratonera; y esto sucede desde hace tanto tiempo que ante la sola mención de expresiones como «espíritu de partido» o «realismo socialista» uno siente un insoportable hastío.

La fraseología oficial —que dirige la cultura y que vocean al unísono funcionarios y escritores— no cambia. Cambian tan sólo los nombres a los que se jura fidelidad. Ayer los escritores junto con todo el pueblo ruso, se postraban ante Brezhnev y lanzaban loas celestiales a sus mediocres memorias —por lo demás escritas probablemente por alguno de sus escribientes a sueldo—, y en el Congreso de los escritores las erigían como modelo de toda la literatura soviética; hoy, sin embargo, ha bastado una orden dada desde arriba para que Brezhnev haya caído en el olvido y su nombre se viera borrado de la prensa soviética. Saltando sobre todos los demás nombres y avatares se ha construido un camino recto que va de Lenin a Andropov. Como en las antiutopías de Orwell, la historia se desarrolla borrando su pasado.

Yo no comparto la idea según la cual en la cultura soviética oficial hoy no aparezca nada bueno. No, también bajo la corteza de la ideología muerta hierve la vida. No cito nombres, sencillamente porque los nombres dicen muy poco por sí mismos y no tenemos tiempo para entrar en detalles. Pero sí conviene decir que estas obras buenas, en la mayoría de las veces, se dan, como si dijéramos, en los márgenes de la cultura oficial, incluso justo en el extremo de su marco —marco que, a veces, rebasan, y entonces caen profundamente en desgracia. Y, además, para que estas obras buenas vean la luz, sus autores deben entregarse a todo género de juegos hipócritas, a astucias y dobleces, someterse voluntariamente a la censura o aceptar otros compromisos morales.

Es cierto que, por ejemplo, el escritor Chinguiz Aimatov ha recibido, hace muy poco, el premio del Estado por una novela que no puede considerarse mala y que supera algo los *standards* oficiales. Si bien hay que añadir que toda su obra y esta novela, Aimatov la acompaña con intervenciones políticas muy activas, intervenciones en las que lanza alabanzas al realismo socialista, a cuyas leyes, según dice, se somete.

Por otro lado, se da algo parecido a un cierto acuerdo mudo según el cual hay ciertos problemas y aspectos desagradables para el poder que no se deben tocar. También esto es un nuevo intento de cambiar la historia. En los tiempos de Krushev se habló del «culto a la personalidad» de Stalin, se habló y ya está, basta de hablar del tema. Como si

nada de aquello hubiera existido. O bien, otro ejemplo, ahora se publican libros de escritores del todo dignos e, incluso, de enorme talla —lo que evidentemente está muy bien—, pero entretanto se da a entender que se trata de obras pertenecientes al tesoro de la cultura soviética, a su glorioso pasado. Me refiero a autores como Pasternak, Ajmatova, Mandelshtam, Zoschenko, Platonov o Bulgakov. Ahora estos escritores se han visto reconocidos, se les ha aceptado y exaltado incluso. Pero en su tiempo fueron perseguidos sin cesar, expulsados de la literatura, cubiertos de lodo y, en alguna ocasión, sencillamente eliminados físicamente. Y conviene decir que el Estado no se arrepiente de todo ello ni revoca las Disposiciones del Comité Central ni las demás directrices gubernamentales que hacían girar aquella picadora de carne. Todos estos documentos y principios de partido siguen vigentes. Todos esos documentos y principios de partido siguen vigentes. Lo que ocurre es que, simplemente, no se considera conveniente mencionar que se aplicaron. Las obras de los escritores desaparecidos se editan mutiladas —pues incluso después de haber entrado a formar parte del «tesoro cultural» siguen pareciendo peligrosos—, se les lava la cara, se elimina lo necesario o se arrojan de honorables artículos y trabajos, a veces correctos por su nivel científico, pero en los que no se menciona lo más importante en las vidas de estos escritores ahora apadrinados: que es cómo antes fueron cruelmente maltratados.

Así pues, la cultura soviética en su conjunto se nos aparece como un cuadro de gran amplitud y diversidad. Cuando la realidad es que la cultura está plagada de horribles llagas, de heridas que sistemáticamente le han inflingido.

Quienes han roto la conspiración del silencio sobre las cuestiones capciosas y se han enfrentado al sistema de la alegre aceptación de las instrucciones del poder han sido los disidentes. No voy a referirme ahora a este movimiento nacido en una época ya pasada. Tan sólo señalaré su papel en la vida cultural del país. Pues la disidencia en el sentido amplio del término es, en primer lugar, el despertar de un pensamiento vivo e independiente, de un pensamiento que se atribuye el derecho a la expresión al margen del Estado y sin contar con él. Como es evidente, no todas las personas que piensan toman el arriesgado camino de los disidentes. Pero estos expresaban la opinión social de la *intelligentsia* y creaban esta opinión. Se ha producido, pues, un hecho asombroso, algo nuevo en la historia soviética: en el país ha aparecido una opinión social discordante con la del Estado, y éste es el caldo de cultivo apropiado para el desarrollo de la cultura.

Andropov, como jefe de la KGB, ha hecho mucho, y en su nuevo cargo sigue haciendo más aún, por erradicar la disidencia y por apretar en general los tornillos al país. El clima psicológico que hoy reina en la Unión Soviética puede transmitirse en las palabras de un marinero soviético que aparecieron en la prensa occidental: «No veo salida. Nos encontramos como estancados, sumidos en un sueño letárgico. No hay ni intentos siquiera de buscar un camino; todos esperan algo, pero no hacen nada por propia iniciativa... Nos reunimos en grupos de conocidos, rezongamos un rato y esto es todo lo que podemos hacer. En nuestro país el modelo polaco no puede darse, aunque también han acabado con lo de Polonia. En nuestro país no habrá ninguna nueva vía».

La crueldad y las esperadas consecuencias del régimen de Andropov ya han pasado a los chistes. Les contaré uno. En una reunión interviene Andropov y dice: «Propongo que a partir de ahora la ciudad de Moscú se llame Ciudad Comunista del Futuro<sup>1</sup> —abreviado KGB. Los que estén de acuerdo con mi propuesta pueden bajar las manos y alejarse del paredón...».

Con la llegada de Andropov en primer lugar se ha intensificado la vigilancia aduanera en lo que se refiere a la circulación de libros y manuscritos. Se han hecho más frecuentes los casos de disidentes que, tras acabar los años de condena en los campos de concen-

tración, se ven condenados a nuevas penas debidas a causas o bien falsas o derivadas de alguna provocación. No hace mucho se ha instaurado una ley según la cual el mando de los campos tiene derecho a incrementar por propia iniciativa al detenido hasta cinco años más de pena sin necesidad ni de investigación ni de proceso alguno.

Yo no excluyo la posibilidad de que la disidencia abierta, por ejemplo, en la forma del movimiento en favor de los derechos humanos, sea liquidado. Pero en el sentido más amplio el proceso del pensamiento disconforme, ya sea abierto o encubierto, es irreversible.

Actúan aquí unos factores ya consolidados que, a veces, cumplen un papel doble, contradictorio en relación a la cultura. Factores que la destruyen, pero que, a la vez, la renuevan. Por ejemplo, la fraseología vacía, muerta, entorpece el desarrollo de la cultura, pero, al mismo tiempo, crea una especie de vacío intelectual y espiritual, vacío que al instante exige verse ocupado.

O tomemos el caso de la emigración —me refiero a la emigración de la cultura de los últimos 10-12 años—, a la que no se puede entender de una manera unívoca. Su importancia psicológica y simbólica es tan grande que la mejor manera de explicar el hecho es a través de un chiste. En el chiste se emplea la conocida fórmula de Lenin: «¿Qué es el socialismo? El socialismo, dice Lenin, es el poder soviético más la electrificación de todo el país. ¿Y qué es el comunismo?, se pregunta uno. He aquí la respuesta: el comunismo es el poder soviético más la emigración de todo el país».

Con la emigración se produce una fuga de cerebros y de hombres capaces, lo cual puede alegrar al Estado, pero va en detrimento de la cultura que se queda en la metrópoli. Pero, por otra parte, de este modo se han salvado algunas partículas de la cultura o sencillamente algunas fuerzas y vidas humanas. Algunas de ellas no prenderán en tierra extranjera, pero otras darán brotes.

Lo sucedido recientemente con el conocido director de teatro Iuri Liubimov es una muestra de las situaciones a veces dramáticas en que se encuentra el artista que se mueve entre la Scylla del poder soviético y la Caribdis de la emigración. Liubimov es uno de los mejores directores de teatro del país, los teatros occidentales lo reclaman constantemente y el Estado soviético acepta de buen grado el hecho, por cuanto además del prestigio obtiene divisas extranjeras. Pues la mitad de los honorarios de Liubimov, como ocurre con todos los artistas soviéticos que trabajan en el extranjero, van a parar necesariamente a manos del Estado. Entre tanto, en el teatro Taganka de Moscú, que dirige Liubimov, se prohibieron, uno tras otro, varios espectáculos ya preparados para ser puestos en escena. Es decir, al dejar salir a Liubimov a trabajar al extranjero el Estado ponía trabas a su labor en Moscú. De modo que, en Londres, en un teatro inglés, Liubimov estrenó su adaptación de la novela de Dostoievski *Crimen y castigo*. La obra obtuvo un gran éxito. Tras el estreno, Liubimov ofreció una entrevista a los periodistas extranjeros y a sus preguntas contestó abiertamente contándoles las barbaridades que con él y con su teatro de Moscú hacían los altos funcionarios del partido que prohibían uno tras otro sus espectáculos. La entrevista de Liubimov, publicada en la prensa y transmitida por radio, fue un escándalo que provocó el desconcierto y la insatisfacción de Moscú. En Londres fue a ver a Liubimov un representante de la embajada soviética que, en tono amenazador y jugando con las palabras del título de la obra, le dijo: «¡El crimen está a la vista! ¡En cuanto al castigo, lo habrá!». En una palabra, el diplomático le dio a entender que a su regreso a Moscú a Liubimov le arreglarían las cuentas. A lo que Liubimov respondió haciendo del dominio público la amenaza.

Y ahora ante nosotros, de manera puramente teórica, se plantea la siguiente cuestión: ¿Qué debe hacer Liubimov? ¿Qué es mejor? ¿Volver a Moscú, donde le espera el castigo, o quedarse en Occidente, cometiendo un nuevo crimen, el de no regresar a su patria? Si vuelve, es casi seguro que lo castigarán: lo retirarán de su trabajo en el teatro y le prohibirán salir de nuevo al extranjero. Pero si no vuelve, el teatro Taganka se marchitará sin su concurso y la Unión Soviética se verá privada de este teatro y de su director. Para la cultura rusa ambas variantes son penosas.

Yo no creo que ahora todo lo mejor de la cultura rusa se ha marchado a Occidente y se dirige hacia aquí. En la presente bajamar de la cultura, su árbol fundamental, sus raíces, su futuro siguen estando en Rusia.

Pero la nueva emigración, a diferencia de la vieja, no está fatídicamente escindida de la vida, de las fuerzas culturales de su patria. Nosotros, los que hemos dejado nuestro país, tenemos una lengua común y mantenemos un constante contacto con los que se han quedado. La cultura rusa actual se desarrolla con todas las insuficiencias que se quiera de manera paralela a uno y otro lado de la barrera. Estas regiones divididas de la cultura se encuentran en una relación recíproca estrecha y compleja. Aclararé lo dicho con algunos ejemplos extraídos de la literatura, y para mayor brevedad lo mostraré mediante un esquema construido sobre tres conceptos, sobre tres coordenadas: lo que en ruso se llama *Gosizdat*, *Samizdat* y *Tamizdat*. El concepto de *Gosizdat* (Ediciones del Estado) incluye, de manera convencional y sumaria, toda la enorme y planificada cultura oficial tomada en su forma más general. Por sus millones de ejemplares, por su base material y, a veces, incluso, por la calidad de producción, el *Gosizdat* supera a todas las demás formas no oficiales de creación y de existencia de la cultura. Pero bajo las mismas narices del *Gosizdat* aparece y compite silencioso con él, el *Samizdat*, manifestación del pensamiento y la cultura independientes que circula en el interior del país.

La KGB va a la caza del *Samizdat*. Pero la fuerza y el carácter indestructible de éste se encuentra en su espontaneidad, en que nadie lo dirige ni puede predecir que hará al día siguiente, en su carácter masivo y aleatorio. Siguiendo la etimología misma de la palabra —*sam izdaiú* (yo mismo edito)—, cualquiera que quiera puede hacerlo. Es algo tan simple que parece cómico. Basta con copiar el texto y entregar una copia a un amigo, la copia seguirá su camino y ya nadie la podrá detener. El *Samizdat* se crea y, a pesar de todos los arrestos, de todas las requisas, se renueva gracias a los esfuerzos y al amor de los propios lectores. Y es impensable que se pueda detener a todos los lectores. Por eso el *Samizdat* tiene por delante una larga vida.

Un ejemplo de victoria gloriosa del *Samizdat* sobre el *Gosizdat* e incluso sobre la KGB pueden ser las canciones de Vladimir Vysotski, canciones que a través de grabaciones magnetofónicas han llegado al corazón de todas las capas de la población por encima de las diferencias políticas, culturales o de partido. En la actualidad, Vysotski es el poeta más conocido, más respetado y más auténticamente popular de Rusia, y es un poeta disidente. Del grado de su popularidad habla, por ejemplo, este hecho: No hace mucho en Moscú, en la estación de Kazán, un tipo listo vendía a escondidas unos retratos, unas fotografías enmarcadas de forma artesanal; sólo había dos retratos: el de Stalin y el de Vysotski.

Con la órbita de *Samizdat* se cruza la del *Tamizdat* («editado allá», se refiere a las obras editadas «allá», en Occidente); de este modo ocurrente llaman en Rusia a las publicaciones extranjeras, que en algunas ocasiones vuelven a casa, a su cultura de origen. El *Samizdat* desemboca en el *Tamizdat* y viceversa. La cultura peregrina. La cultura circula porque está viva y porque quiere seguir viviendo por encima de las barreras y de las prohibiciones políticas.

Sólo el *Gosizdat* se mantiene obstinado. Aunque también él a veces se ve obligado a ser condescendiente. El mismo hecho de la existencia del *Samizdat* y del *Tamizdat* ejerce cierta influencia, si bien pequeña, sobre el *Gosizdat*. Y el Estado, muy a pesar suyo, de vez en cuando permite a algunos escritores de talento una relativa independencia para que se manifiesten sobre algunas cuestiones de segundo orden, estableciendo con ello un cierto compromiso mutuo, sin convertirse el poder por eso ni en más liberal ni en más humano.

Por otra parte, la literatura no sometida a censura influye también sobre escritores que no pertenecen a ella; por lo general no se trata de una influencia directa sino indirecta, sirve de cierto acicate, los alienta a escribir sobre temas más comprometidos o semi-prohibidos y los empuja hacia formas más libres y desinhibidas de pensamiento y estilo. De resultas de todo ello, el cuadro de la vida cultural se hace más interesante y más complejo que la simple división de los escritores soviéticos en ortodoxos y renegados.

Con la cultura en la Unión Soviética pasan cosas extrañas. Este enorme y poderoso país, de manera periódica, elimina, corta de raíz o bien vomita de sus entrañas la cultura que le resulta odiosa. Sucede como si, a excepción de las tareas marcadas desde arriba y útiles para el poder, en general la cultura en este país fuera algo innecesario. Pero al mismo tiempo, al margen de la reglamentación estatal, este mismo país es capaz de recrear la cultura destruída en un plazo de tiempo bastante breve. Es decir, el propio terreno del que se alimenta es favorable para la cultura.

Veo con gran escepticismo el futuro socio-pólico de Rusia. Pero tengo fe en sus enormes potencias espirituales y culturales, potencias que ni mucho menos se han realizado por completo. También contribuyen a convencerme en mi optimismo algunas observaciones propias sobre el desarrollo de la cultura rusa en la época posterior al estalinismo. De una tierra que parecía privada de todo género de raíces culturales, de una tierra saqueada y calcinada por toda su historia soviética precedente, de pronto empezaron a emerger, a crecer de forma claramente perceptible, nuevos brotes y retoños.

En este mismo sentido —me refiero a las inagotadas posibilidades culturales de mi pueblo— aún mayores esperanzas me ha infundido mi permanencia en los campos. Allá, en los campos de trabajo, el hombre se nos aparece en una forma diría yo que más concentrada —en el bien y en el mal, en su vida y en su psicología— que lo que suele suceder. Como aclaración conviene añadir que en aquellos tiempos —en la segunda mitad de los años 60 y comienzos de los 70—, en los campos de concentración de nuestro tipo lo más frecuente era encontrar allí personalidades «poco comunes», raras. Qué gente más extraordinaria la de los campos. Y al hablar de estos «delincuentes del Estado especialmente peligrosos», como se les viene llamando y entre los que yo mismo me encontraba, no me refiero al lado político del asunto. Tampoco me refiero únicamente a la *intelligentsia* o a los disidentes. A mí me interesa el concepto de «pueblo», pero no en su aspecto impersonal, abstracto, sino en el sentido más individualizado del término.

Aquí, entre la gente del campo de trabajo, puede encontrarse el poeta de pluma incontinente que ha escrito unos versos insolentes, o el *mujic* buscador de la verdadera fe que ha mandado una carta al Kremlin llena de buenos consejos sobre como evitar una nueva guerra mundial, o un ladrón cualquiera que en un momento de desesperación ha escrito un panfleto diciendo «¡Abajo los comunistas!», o un bandido que, por una casualidad, por despiste, le ha pegado un tiro al capataz de un *koljoz*, o un profeta religioso obstinado en su fe. Todas estas gentes son personas interesantes, constituyen una excepción dentro de la monótona norma soviética y, no obstante, representan la quinta esencia de nuestra vida y de la vida en general. Son gentes de una vida excepcional y de

una inteligencia fuera de lo común, gentes capaces de actos extraordinarios, de una gran experiencia histórica y personal.

En el campo de concentración la historia de mi país se me descubrió no sólo en el plano del presente, sino en muchas de las dimensiones del pasado. La guerra, las fugas al extranjero, los viajes por diversos países, las prisiones estalinianas, las luchas guerrilleras en Ucrania y en los países bálticos, las iglesias y las sectas religiosas que, en algunos casos, se remontan a tiempos anteriores a Pedro I, comunidades obligadas a llevar un modo de vida clandestino y a rezar en secreto. Gente como esa no la encuentras fuera del campo. Y si la encuentras, no te contará su vida ni te abrirá su corazón.

Hasta la propia geografía de Rusia se me abrió con mayor amplitud que cuando vivía en libertad, a pesar de que antes he viajado mucho por el país. En el campo no hay que viajar. A tu alrededor tienes toda la Unión Soviética en miniatura y condensada. ¿No es ésto un regalo para el escritor? Por fin me he encontrado con mi pueblo y lo he visto en tal magnitud y con tal proximidad como no se me había dado nunca y como nunca podía ocurrir en condiciones normales.

Así pues, ante mí se me ha aparecido el pueblo en sus inusitadas posibilidades espirituales y artísticas. Posibilidades que se manifiestan en los niveles más diversos y, en ocasiones, más sencillos y bajos de la vida. Digamos, por ejemplo, en el lenguaje cotidiano o en un original retrato de la vida o de la personalidad de un hombre. En el campo de concentración uno llega a convencerse del enorme talento del pueblo, independientemente del talento individual de cada uno. Del campo me he llevado la sensación de haber adquirido un enorme y nada merecido tesoro que ha caído sobre mí. Estas son las razones que me han permitido hablar con optimismo de las reservas de la cultura rusa.

Es muy posible que la cultura no sea lo más importante en la vida del hombre, que haya cosas más fundamentales que la cultura, pero los rusos tienen un dicho que proviene de confusas conjeturas extraídas de nuestros manuscritos ancestrales. El dicho es: «Percieron como los obros». Se dice que hubo un gran pueblo —los obros— que, con su poderío, su gran número y sus actos de violencia, sembraban el terror entre las demás tribus. Pero luego este pueblo se esfumó, desapareció de tal modo que de él no quedó ni huella ni recuerdo alguno. Como si nunca hubiera existido. De él sólo se conoce el nombre y un dicho conservado en una lengua ajena, un dicho que es como una lección para los niños de otros pueblos: «Percieron como los obros». ¿Cómo es eso, perecer después de subyugar a todos los demás? ¿Perecer sin dejar huella alguna?...

La cultura quizá no sea lo más importante. Pero es lo único que queda tras nosotros en la historia. Dios nos libre de la suerte de los obros...

Traducción: R. San Vicente

Ponencia presentada en el simposio *El Sistema Soviético hoy*, organizado por la Fundación Pablo Iglesias, en Madrid. Diciembre de 1983.

<sup>1</sup> Juego de palabras con las siglas KGB que, además de su lectura habitual —Komitet Gosudárstvennoi Bezopásnosti: Comité de la Seguridad del Estado—, pueden leerse como Kommunisticheski Górod Búdshego: Ciudad Comunista del Futuro.